

res, y cercandolos los prendieron, sin que pudief-
 sen huir, ni ampararse de la menor defensa. A
 este tiempo, ya el vno de los amantes de Laura,
 que era el Capitan, confiado en su mucho impe-
 rio, la auia llevado à la cueba donde estava Ale-
 xandro, poniendo primero vna pistola al pecho
 de Lisardo, que como galan la amava, y como
 honrado la defendia. Pero viendo el tirano Ca-
 pitan que le amençava vna desastrada muerte,
 si se dexava poner en manos de la Justicia, temò
 vna yegua, que tenia prevenida para semejante
 fortuna, y saliendo por vna secreta parte de la
 misma cueba, que hazia correspondencia à vn
 valle, cogiò à Laura, que por estar sin sentido, y
 auer visto a Lisardo en tan manifesto peligro,
 aun no tenia animo para defenderse, y corrien-
 do por el campo, dexaba burlados à los que le
 seguian. Lisardo fue tan desgraciado, que iba
 en el numero de los presos, sin que aprovechas-
 se dezir su nobleza, porque algunos de los delin-
 quentes procuraron librarse, diziendo, que no
 eran ellos de los ofensores, sino de los desdicha-
 dos à quien auian quitado la hazienda, y tenian
 en aquellas cuebas para quitarles la vida; y la
 justicia por no poner en contingencia la verdad
 de los vnos, y la culpa de los otros, haziendolos
 iguales, los llevò al primer lugar, y de alli à la
 carcel publica de la Ciudad de Cordova, en la
 qual se viò el pobre Lisardo, disculpando su ino-

cencia, y dando voces por su justicias pero como
 no tenia, ni amigos que le acreditassen, ni dine-
 ros que le favoreciesen, su pleito estava mudo,
 los Procuradores sordos, y los luezes mal infor-
 mados. Afligiale tambien el no tener nuevas de
 su amada Laura, ni de su fiel amigo Alexandro,
 tan amigo en todo, que viendo al atrevido van-
 dolero llevar cō tan resuelta tirania à la hermo-
 sa Laura, movido de su nobleza, y sufriendo mal
 que vn infame profanasse su hermosura, tomò
 el mismo cavallo que auian quitado à Lisardo, y
 por la propria parte que viò salir al codicioso la-
 dron, le empeçò à seguir tan vicarro, como ani-
 moso, y como llevaba de su parte la razõ, y à los
 ladrones sigue siempre el temor, y la cobardia,
 le alcançò aun con mas brevedad que èl imagi-
 nava. Y apenas el injusto Atlante de aquel Cic-
 lo con alma, viò que Alexandro venia en su se-
 guimiento; quando advirtiendole, que si se dete-
 nia à defender el hermoso tesoro, era dar lugar à
 que la justicia le alcançasse, y lograsse su despo-
 jo, para poder huir con mas comodidad, arrojò de
 sí à Laura como suele el Castor, que advertida-
 mente se haze pedacos, lisongeando à los caca-
 dores con lo que defan, para que no le persigan;
 mas no le aprovechò, porque à pocos passos le
 cogieron vnos labradores, y llevaron con los de-
 mas compañeros, para que con vna muerte sa-
 tisfiziesse tantas.

Imposible será dezir los encarecimientos con
 que Laura agradeció al animoso Alexandro a
 quella gallardia: mas baste saber que era discre-
 ta, y que no sabia ser ingrata. Llegaron los dos
 al lugar, y informandose de como Lisardo iba
 con los demás culpados, tomaron el camino de
 Cordoba, y estando Lisardo vna mañana discuti-
 riendo sobre sus desdichas, que eran tantas, que
 ya tenia por novedad el no tenerlas, y pensando
 el dia en que la fortuna se cansasse, vió que vn
 hombre, y vna muger tapada, se llegaron con vo-
 luntad igual à darle infinitos abraços. Conoció
 à Alexandro, y despues coligió facilmente quié
 podia ser la que le acompañaba, echóse à los pies
 de entrambos (que los hombres en las desdichas
 suelen estimar mejor los beneficios) y hablan-
 do los tres largamente, trataron de la soltura de
 Lisardo, para lo qual, y para otras cosas necesi-
 rias, dió Laura à Alexandro algunas joyas de las
 que traía, rogandole procurasse venderlas. Hi-
 zolo assi Alexandro, aunque perdiendo mucho
 del precio en que se auian comprado (pension de
 quien vende con necesidad, y en la platería) la
 informacion quedó hecha aquella noche, por
 ser cosa tan conocida, y aver dinero, q̄ es la me-
 jor escuela para los que escriben, y quando Li-
 sardo estaba ya para salir de la cárcel: porque los
 Juezes advirtieron la bellaqueria de tener afren-
 tosamente à vn Cavallero en la cárcel publica,

vino vn auto, en que le mandaban embargar por otras causas. Admiròse Lisardo, llorò Laura de nueuo, affigiòse Alexandro, y quedaron todos confusos, y temerosos; pero sacòlos de esta duda Lisardo, que reparando en dos hombres, que entravan por la puerta, conociò que eran Octavio, y el riguroso padre de Laura: la qual rindiendose à vn temor justo, nacido de su respeto, y verguença, quedò difonta; pero què musho, si veia presentes tantos males? por vna parte à Lisardo con mas prisiones en tierra agena, y sin mas favor que la disculpa de su voluntad; por otra à su padre, que con el enojo que vendria, era fuerça atropellar las honradas disculpas de Lisardo, y lo que mas la affigia, era ver à Octavio, por auer sido el principio de su ventura. Dudaba del intento que los traia, aunque bien echaba de ver que como los dos faltaron en vn dia, colegirian, que Lisardo la traia robada. Lo cierto es, que al viejo, tanto por el amor de su hija, como por la vengança de su sobrino, en compañía de Octavio los auia ido à buscar à la Corte, y no hallando aun señas de ninguno, quiso acercarse à la Andaluzia, buscandole por las principales Ciudades de ella; y entrando aquel mismo dia en Cordoba, y hallando en ella à vn grande amigo suyo, que en sus tiernos años vinieron de Flandes juntos, le preguntò por algunas novedades de aquella Ciudad, y entre otras le dixo, q̄ esta-

va en la carcel vn Cavallero, à quien vnos salteadores auian robado, y que seria fuerza conocerle, porque en sus confesiones dezia, que era natural de la Ciudad de Auila. Alterdóse el viejo, y informandose mas particularmente, supo que el Cavallero preso era el enemigo que buscaba; y sabiendo que estaba ya para salir de la carcel, habló à los Iuezes, querellandose de su sobriño, y contando la traicion que auia cometido contra su sangre, y assi mandaron luego, no solo que no le diessen libertad, sino que le pusiesen en parte que estuviessse mas seguro. Y despues de auer hecho esta diligencia, venia con Oaxavio à visitarla para saber lo que respondia: y Laura, aprovechandose de su discrecion (si acaso la ay quando vienen las desdichas tan apriessa) se encubrió lo mas que pudo, y Alexandro hizo lo mismo, apartandose de Lisardo, y poniendose à conuersar con otros presos, llegaron los dos, y despues de saludarle, le preguntaron por Laura; y respondió, que no solo no la auia traído, pero q̄ en su vida se auia atrevido à tal imaginacion; y dezia bien, porque aunque la quiso siempre con tanto amor, nunca ruvo animo de anteponer su gusto à su respeto, huyendo de parecerse à muchos, que se precian de querer à vna muger, y por lograr su gusto, intentan cosas en que es forçoso auenturar con su vida su reputacion. Dezia Lisardo, q̄ estos tales no atienden al honor de la dama,

ma, sino à la comodidad de su gusto; y assi no pueden tener amor verdadero: porque amar tan inconsideradamente, que por gozar de vna muger atropellen su opinion, y confiétan en su deshoara, no es estimarla, sino aborrecerla. Finalmente Lisardo negò, porque en todo caso es lo mas seguro; encolerizòse el viejo, pareciendole que aquello era preciarle de darle pesadumbre, y Octavio le dixo algunas injurias: porque los zelos, el amor, y el ver à su enemigo de manera, que no se podia defender, le daba animo, y aun disculpa, y remitiendo entrambos à la fuerza de la justicia la confession de lo que negava, se fueron, y Lisardo contò lo que le auia sucedido, y Alexandro les aconsejò, que se resolviessen à desposarse, pues assi cessarian las pretensiones de Octavio, y enojos de su padre: pareciòles bien à los dos, pero dificultaron el estorvo de la sangre, y la falta de las diligencias. Mas Alexandro dixo, que se animassen, que todo auia de tener feliz suceso, porque aquel dia era de Ordinario, y èl tenia en Madrid vn tio que era Oidor del Real Consejo de su Magestad, al qual escriviria hizièsse la diligencia de la dispensacion con brevedad. Hizolo assi Alexandro, encareciendo à su tio el peligro en que estavan los dueños de aquella causa. Luego el padre de Laura empeçò el pleito bien solicitado de entrambas partes, porque en qualquiera sobra-

va el dinero. Dexò Alexandro a Laura en casa de vna señora principal, que por forastera, y por dama la favoreció, y tomando vna mula, se partió al lugar en que Lisardo auia estado tan peligroso de la caída, y haziendo vna informacion muy honrada, en que juravan todos el tiempo que estuvo indispuerto, sin traer en su compañía mas de su persona, se vino, y la entregò al procurador, el qual aconsejó à Alexandro, que se escondiesse, porque los salteadores en sus dichos auian declarado, que ellos cogieron vna noche a vna muger que le llamava Laura; pero no en compañía de Lisardo sino de vn Cavallero, cuyo nombre no sabian, por que siempre se auia recatado de Jezirle. Patecióle à Alexádro q̄ corrria peligro su persona, y escondióse en vn Monasterio, porque de la amistad que tenia con Lisardo, fuera facil colegir que èl era el dueño de aquella empresa. Durò el pleito algunos meses, y viendo el padre de Laura tã resuelto à Lisardo en negar aquello que en su opinión era cierto, se determinò à que confesasse en el tormento lo que con engiños, y traiciones disimulava. Tenia el viejo mas autoridad con los Iuezes, y no faltò quien por debaxo de la cuerda informasse contra Lisardo, y como los indicios eran grandes se determinaron à darle tormento, ò à darsele à Laura, que deshaziendose en lagrimas la faltava pacicéia para sufrir tantos rigores, y al

Si se resolvió (antes que llegasse la execuciõ in-
justa) à manifestarse, diciendo: q̄ ella sola sin mas
favor q̄ su volúntad, y sin mas causa que la de huir
de vn marido que a borrecia, se auia ausentado
de su casa, teniẽdo à mas fortuna dexar su opiniõ
al alvedrio del valgo, q̄ vivir con quien era for-
çoso desearse la muerte para tener algun descã-
fo, y que el hombre con quien la toparon, no le
conocia de mas de auerla amparado por muger,
y sola.

Asi estava Laura contando los instantes de
las horas en el temor de ver injuriado por su cau-
sa à Lisardo, y èl con los brios del valor que re-
nia heredado, dispuesto à qualquier exceso de
desdichas; pero el Cielo tuvo lastima de tan justo
amor, y lo dispuso de otra suerte; porque Ale-
xandro embiò vn recado con su procurador, auis-
fandro à Laura de que la dispensacion auia veni-
do con los demás papeles, y dando Lisardo vn
poder, le desposaron; y luego se notificò à la par-
te contraria, como Lisardo era marido de Laura,
y asi la podía tener donde le pareciesse y llevã-
do vn Escriuano consigo, que dava fe de que la
auia visto, y enseñando juntamente la dispensa-
cion, y lo demás, se quedó el viejo tan corrido, y
afrentado, que negandose à la piedad que debia
tener con su propia sangre, y considerando la ri-
queza que perdía en Q̄stauio por su sobrino, le
empeçò à seguirle mayores veras, cocarecien-

do à los Juezes la ofensa que su casa auia recibido, aunque fuesse con intento de ser su esposo: y entonces Alexandro, presumiendo que ya no rēdria peligro, pues Lisardo auia confessado que la tenia, y el desposorio estava concluido, salió publicamente, y fuè à contradizir la nueva acusacion del vengativo viejo; el qual apenas lo supo, quando le hizo vna causa criminal, que le obligò à quedarse con Lisardo, porque luego traxo informacion de que auia èl sido el instrumento principal que ayudò al escalamiento de su casa; y esto encareciendolo con tantos accidentes, y palabras, que lo que auia sido fuerza de amistad, hizieron delito de traicion (que la calidad de las culpas suele consistir en las circunstancias con que se acusan, porque ay palabras que las hazen mayores.)

Quedòse Alexandro con su amigo, casi agradecido à la nueva ofensa, por mostrar mas bien lo q̄ le estimava: los dos lo passavan mejor, porque Laura tambien parecia presa, y en todo el dia no salia de la carcel, que la voluntad la auia enseñado esta firmeza, que no es pequeña para vna muger de sus años, de su hermosura, y de su modestia; pero quien tiene amor, poco se debe en las cosas faciles. Crecieron los pleitos, y los gastos; acabaronse las joyas de Laura, con ser muchas, y descuidaronse los parientes de Alexandro, y pareciendoles, que mas tenia de locura, q̄
de

de amistad, gastar su hacienda con quien no podia pagarle aquella liberalidad. Viose Lisardo perseguido de quien pensava ser amparado, en la carcel, y pobre; tres cosas, que qualquiera basta à quitar la vida; mirava a su amigo Alexãdro en tan diversas fortunas por su causa, y no sentia menos el ver a su esposa llena de trabajos, aborrecida de su padre, y sin mas regalo que pesadumbres; y en fin auia llegado à tiempo, que tuè necesario quitarse ella las galas q̄ traia, vistiendo-se mas humildemente, para desfer de se de la mala intencion de su padre. Todo lo mirava Lisardo, y todo lo remitia à su sentimiento: Laura le consolava, y aun se ofendia de verle tan apasionado, diziendole, que no se afligiessè por ella, porque no podian ser sus desdichas mas q̄ su voluntad, y que le quedava animo para sufrir aũ mayores rigores, como fueffen enderegados à servirle. Escuchòla Lisardo, y diòla infinitos abrazos, alabò su hermosura, encreciò su firmeza, y confirmò à las mugeres por agradecidas, y constantes; y si se ha de dezir verdad, no les neguemos que en determinandose à querer bien, son ellas las que olvidan con mas dificultad à lo menos Laura mucho acreditò està verdad: porque amar à vn hombre, quãdo le persiguen trabajos, prisiones, y pobreza, es vn milagro que pocas vezes se vè en el mundo.

Asi lo passavan los amâtes primos, y vn arar-

de quiso Laura probar por todos caminos à conocer, si era tan dichosa, como hermosa, y con el deseo que tenia de que tuviesen remedio las temeridades de su padre, rogò à vna señora que se auia dado por amiga suya, que embiasse à dezir à Octavio, que en vna parte del campo, le esperaba vna muger, que aficionada de su gallardía, queria saber, si el alma correspondia al talle, y la lengua à la persona. Quiso Laura con esto tener ocasion de hablar à Octavio, y obligarle por el atajo de la cortesía, para que se cansasse de perseguirla. Parecióle buen medio à la amiga, y le embió con vna criada vn papel muy à proposito: leyòle Octavio, y juzgò que seria à quel favor verdad (que las desconfianças, y mas en esta materia, no tienen entrada con vn hombre que se preciava de galan, y tenia opinion de rico.) Fueron las dos en vn coche, y Octavio contó su buena suerte al padre de Laura, y aun le llevó consigo, para que le acompañasse, por si acaso no venian, y auia sido engaño de alguna dama, que queria burlarse del; pero presto conociò que era èl quien auia tardado: y viendo ellas que llegava solo, le rogaron se entrasse en el coche, y luego Laura con suspiros, y razones le encargò los trabajos que padecia por su causa, advirtiendole que no le auia ofendido en no quererle, por auer días, y aun años, que tenia dueño, y que à no tenerle, le confessava,
que

que fuera cierto ser suya, porque sus partes merecian mayor empleo. Dixole tambien el estremo a que avia venido de necesidad, pues sino fuera por aquella dama, y las joyas que avia traído aun no huviera sido posible sustentarse, y q̄ actualmente Lisardo estava preso, pobre, y sin mas esperança que su piedad, y assi se lastimasse de su amor, y mostrasse lo que la avia querido en no ayudar à su ingrato padre: el qual viendo que tardava Oravio, se acercò al coche, y conociendo à su hija, y acordandose de las pesadumbres que le costavan sus infamias (que assi llaman los viejos, lo que en otro tiempo atribuian à mocedades, que como no ay espejos que representen lo pasado, suelen juzgar de los delitos temerariamente) y acordandosele tambien de lo mucha que perdía en Oravio, que este era el para tiero de sus coleras (que la ambicion de la hazien la suele venir con los muchos años) quiso atreverse à su hija remitiendo à las manos la vengança que no avia conseguido con pleitos, y prisiones: diò voces Laura, amparòia Oravio y la señora, en cuya compañía venia, se ofendió justaméte, del poco respeto q̄ la avia tenido, y en fin era tanto el ruido que hazian, que obligò à vn Cavallero, que passava en vn coche de camino con su esposa, à que se apeasse, y con èl algun criado, que acudieron à saber la causa de aquella discordia; llegó el Cavallero, que

era hombre de gentil presencia, y con alguna libertad de soldado, y viêdo las demasias que hazia el padre de Laura, y con mugeres, que es cosa aborrecible para los hombres que nacen con terminos honrados, se abraçò con èl, para que no passassen adelante. Bolviò el viejo à conocer quien le detenia, y bolvieron todos, porque su disposicion gallarda podia mover a respeto: y suspenso el padre de Laura, le mirò con algun sobresalto; pero el Cavallero, que como estava sin colera, tenia obligacion à conocerle mejor, echò de ver que el que mirava era su hermano, y la que tenia presente Laura su sobrina, y con vn rendimiento noble, viendo sangre que lo era tan suya, los abraçò à los dos, aunque el viejo no le recibìo muy apacible. y entonces el padre de Lisardo le preguntò, què causa, ò razon podia ser bastànte à recibirle con a quel desabrimiento, despues de tantos años de ausencia, y en tiempo, que de tantas leguas le venia buscando, que no era poco para vn hombre que venia rico. Llegòse Laura à su tio, y refiriòle todo lo que auia sucedido, y como ella por auerse criado con su primo, le auia querido con tanto extremo, que la obligò a lo que hemos visto. Entonces el piadoso tio, con mil abraços, agradeciò tan honrada voluntad, y contò brevemente, como èl se fuè à la Ciudad, que en las Indias llamã de los Reyes, porque Ciudad de plata, bien merece

rece tan illustre nombre , y que alli sirviò à vn Caziue, de agente de su hazienda (que passava de ochenta mil ducados) con fidelidad, que suele ser el mejor caudal de los que no tienen ; y despues moriendo èl, y quedando su esposa viuda , y con alguna aficion à su persona , se determinò à que ocupasse el lugar del difunto esposo , y viendole con deseo de bolverse à España, dexò patria, y parientes, por venir con su esposo: y que passando su coche con alguna prisa para llegar à Cordova, oyeron el ruido, y auia salido à verlo que no imaginava. Bolvieronse todos à abraçar, y baxando à su sobrina del coche, fuè con los demàs à ver la hermosura Indiana, q̄ lo era en demasia; que los muchos regalos, y la vida descansada , disimulan muchas vezes los años: vierò tambien vn hijo que traia, que auia nacido para aumentar aquella tan justa correspondencia; luego la passaron al coche de la amiga de Laura, la qual los llevò à su casa, y contenta de su buena suerte, quiso gozarla , regalando tan honrados huéspedes. Todos iban contentos, y solo el padre de Laura, corrido de que su hermano huviesse reparado en la tirania que vsava con su sobrino; y apenas se apearáo quãdo fueron à avisar à Lisardo de la venida de su padre. Agradeciò al Cielo tan nuevo beneficio, advirtièdo la ventura tan grande q̄ auia tenido, pues quando menos esperava, se compadecia de sus desdichas.

cnas. Vino à verle su padre, y lastimado de mi-
 rarle en tanta miseria, fuè al moimèto con los de-
 mas, y hizieron tan buena diligencia, que salie-
 do por fiador su padre, le dieron libertad a que la
 noche, en compañía de su amigo Alexandro, y
 en viendose libre, fuè à ver à Laura, y à su nueva
 madre, la qual mirando la nobleza de todos, no
 eitava arrepentida de aver dexado su propia pa-
 tria. Gozó Lisardo de su amada prima, pues le
 costava llegar à sus braços tantos disgustos. Cõ-
 solòse Otavio, viendo que èl no gozar de aque-
 lla dicha, no era falta de meritos, sino voluntad
 agena. El padre de Laura quedò contento por
 aver salido todo tan à gusto de su desseo; y advir-
 tiendo Lisardo las obligaciones que tenia à su
 padre vna hermana de su esposa, à quien mirava
 Alexandro con algun cuidado, dispuso de casar-
 le con ella. Tomaron el camino de Auila, en dõ-
 de vivió Lisardo con su prima, tan amante, co-
 mo pagado, dandoles à entrambos el amor her-
 mosos hijos, y teniendo à ventura aver passado
 tantos trabajos, llegando à gozar tan felizmen-
 te el fin que deseavan, porque quando lo que se
 intenta se alcança, todo viene à parar en au-
 mento del gusto, confirmacion del
 desseo, y descanso de la vo-
 luntad.

LA PRODIGIOSA.

A ANTONIO DOMINGO

de Bobadilla, Veintiquatro de la Ciudad de Sevilla, y su fiel

Executor perpetuo.

Si como estoy agradecido à las mercedes que he recibido de v. m. cada dia, tuiera fuerças para pagarlas; bien se que no me acusara de ingrato el tiempo; pero ya que no las satisfaga por ser tantas, à lo menos las confessarè toda mi vida, para cumplir siquiera con v. m. y mi noble deseo, que ya es treta de los que pueden poco, entretener al acreedor con el reconocimiento de la deuda. Quinto Curcio dixo, que los beneficios, tal vez se aborrecen; y habló sin duda de aquel que los recibe sin tener caudal para remunerarlos, porque como queda empeñado en que los deue, viue descontento mientras no los paga. De estos pudiera ser yo, viendome obligado por tantos caminos, quando me tiene atado la falta, no de animo, sino del poder. Ticio Cesar en la Religion Romana tuuo nombre de liberal, y trata-

ble, acordandose vna noche, que en todo aquel dia no
 auia hecho ningun beneficio, dixen que suspiro, y co-
 mo queixandose de si propio, dixo à los que estauan de-
 lante: Amici, diem perdidit. V. m. aun no podra te-
 ner esta queixa, porque mi padre, y yo le estamos dan-
 do siempre ocasiones, en que à entrambos nos haga mil
 honras. Alguno me preguntará, como siendo v. m.
 primero en el amor, ha sido el vltimo en la direccion
 destas Novelas, mas la respùesta no està muy lexos,
 pues como el fin es el que gradua las cosas (assi lo en-
 señò Ouidio en la epistola segunda) quise que este li-
 bro tuuiesse buen dexo, para que me lo agradeciesse
 quien lo leyere. D. finiendo Aristoteles el fin de qual-
 quiera cosa dix: Fines aquel, por cuya causa se
 haze lo demas. De manera que casionedo de xir, que
 por escriuir essa Novela, que intitulo, la Prodigiosa,
 y dirigirla à v. m. he escrito todo el libro, que de obli-
 gaciones bien puede creerse este encarecimiento, y
 quando faltaran las causas dichas, bastara para in-
 clinarme à v. m. su ingenio, y saber lo mucho que tra-
 ta de letras, pues los ratos que le dexan libre ocupa-
 ciones, y officios de Republica, tan dignamente mere-
 cidos, entretiene en su libreria, donde halla mudos ami-
 gos, virtud por cierto grande, y que la deben imitar
 aquellos à quien diò la naturaleza entendimiento, y
 le malogran por no cultiuarle, pero el de v. m. ageno
 està de esta culpa, pues goza juntamente la aplica-
 cion, y la valentia. Confesso que me tiene embidioso,
 y q̄no me descuido de comunicarle con los muchos q̄
 tiene

tiene essa grãdiosa Ciudad. Las nouedades que por acá
ay son pocas, ò ninguna, porque auer muchos Poetas,
v. m. se lo sabe estimar en mas la bachilleria de los
estranos, aunque vengan del otro mundo, que el acier
to de los hijos propios, ya es maldicion de quien viue
en su patria, desla Xir, y tener en poco los Tordos à
las Filomenas, pecado comun es de los ignorantes; no
les leuanto nada, palabras son del Espiritu Santo, en
el segundo de Salomon, cap. 10. que como los tales son
necios, los demàs ignoran. Mas, pues, ni v. m. ni yo los
podemos remediar, riamonos dellos, en tanto que los
castiga su misma ignorancia. Dele Dios à v. m. los
años de vida que deseo.

Su amigo de v. m.

El Doctor Juan Perez
de Montaluan.



NOVELA OCTAVA.

BAxava de la cumbre de vn monte , que en la region de Armenia se llama Caucaſo , vn ſalvage en el parecer, aunque no el alma, veſtido de varias pieles de animales, los miembros morenos, y robuſtos, la cara toſtada, y el cabello muy crecido. Traia colgado al ombro vn carcax, ò aljava de ſaetas ; en el lado izquierdo vn cachillo de monte , y en las manos vn arbol entero, que defnudo de ramas , y hojas, le ſeria de arrimo para ſu canſancio , y deſenſa para ſu perſona. Y ſentandose ſobre vn alfombra de olorofas, aunque groſſeras flores, ſacò del pecho vn hermoſo retrato, que en vn obſcuro liço eſtava tan vivo , que parecia tener mas alma de la que auia heredado de los pinzeles : y mirandole con atencion , como ſi tuviera preſente el original, dezia laſtimado, y enternecido : Ay querida, y auſente Policena , años ha que gozè tus divinos ojos en otro eſtado ! pero que conſianças no quebranta la embidia , y la fortuna , y mas ſi ſe juntan entrambas para ſeguir à vn hombre : Yo me acuerdo, quando

do en este pedaço de pardo lino hize à Tebrando que se retratasse: mas no imaginava entonces, que este desigual bosquejo de su hermosura auia de ser mi mayor consuelo. Quien me dixera, quando mantuve en Albania vn torneo con vn beltido que bordaron tus bellas manos, que auia de verme tan otro del que solia ser, habitando en vn môte, lo braços desnudos, los pies liados con la piel de vn Osso, y durmiendo en vna cueba junto à dos casados Leones? Pero saben los Cielos, que ni el estar tan injuriado de las temeridades del tiempo, que el Sol me conoce por Julio, y las escarchas por Enero, ni verme tã abatido, que he de buscar cada dia vna fiera q̄ matar para sustentarme, ni vivir en esta triste soledad, donde solamente tengo conversacion con flores, y cristales, ni considerar finalmente la poca esperança que tengo de mejor fortuna, nada tiene tanto poder en mi, que baste à entristecerme: ni pueda sacar me lagrimas del coraçon, sino es el temor de que me oluidas, que entre los trabajos que passa vn ausente, este solo tiene mas fuerza para atormentarle.

Doze años haze oy que salto de Albania por tu ocasion; y si mi vida se dilatara vn siglo, vivieras en el pecho de la misma suerte. Pero ay de mi, que temo que no me pagas, porque dizẽ que las mugeres solo poneis los ojos, y la voluntad en aquello que veis, porque en fin lo que yo palle

no se goza. Quien duda, que viendo que en tantos años no he parecido, se tendrá por cierta mi muerte, y aun podrá ser que alguno la afirme, por lisongear à los que me aborrecen, aunque si yo vivo en tu memoria, lo demás, ni me aflige, ni me desvela. Muchas vezes me pongo à cõsiderar que eres muger, y como tal te auias mudado, y que assi el primer año me tendrías amor, y segundo te consolarias, y al tercero, de todo punto me arrojarias de tu pecho. Mas también reparo, en que algunas ha tenido el mundo, que no fueron mugeres en las costumbres, ni en la poca firmeza, y tu pudiste ser vna dellas. Mayor accion fuè quitarse Lucrecia la vida cõ sus propias manos, porque la gozò tiranamente Tarquino, tragar Porcia las brasas en sabiendo la muerte de su esposo Bruto, y ponerse Cleopatra al pecho los Aspides; y para creerse, no ay mas informacion, que el amor de cada vna, que si es de veras, no tiene miedo à la muerte, pues menos aspero me parece (hermosa Policena) que tu seas constante en el mio, pues para serlo no es menester que te quites la vida.

Adelante passara el robusto, y tierno amante, hablando con el retrato. sino le detuviera vna pasacorçilla, que passando por la falda del verde monte, y presumiendo que las aves solamente la escuchaban, iba cantando desta suerte.

Vna Zagaleja hermosa,
que nació en estas riberas,
o para embidia del Sol,
o milagro de la tierra.

Triste, Zelosa. y corrida,
de su fortuna se quexa,
que pocas vezes la dicha,
se paga de la belleza.

Libre su desden estava
del amor, y sus cancelas,
que era niña para gustos,
y rapaza para penas.

Mas diola vn mal vna tarde,
que aunque à dezirle no acierta,
dizen que es amor à voces
los pulsos de sus estrellas.

Pareciola bien à Anton,
vn Zagal, que en el Aldea
dà cuidado à muchos ojos,
aunque adora los de Menga.

No està triste la muchacha
por su amor, mas es discreta,
y tiene miedo à la embidia
de alguna que le desea.

Sabe Menga, que en el valle
suele mirarle Teresa,
Pastora hermosa, y mudable,
y de condicion tramessa.

Tiene muchos de su sangre,
aunque no de su nobleza,
que es tercera à lo moderno,
y se queda con la prenda.

Es Teresa hermosa, y libre,
y quanto mira desea,
que tiene achacosu el gusto,
y assi se viste de mezcla.

Hallola Merga vna tarde
mas afable que quisiera,
en platicas con su Anton,
su yo para darle penas.

Disimulo quanto pudo,
porque no la dió licencia
su honestidad à dar vozess,
aunque ofendida pudiera.

Mas pagaronlo sus ojos,
que desperdiciando perlas,
granos de aljofar mezcló
con honestas à z. zenas.

Ay Teresa, dixé à vozess,
que te ha hecho mi paciencia,
que con embidia persigues
vna aficion tan honesta?

Si quieres bien à otro dueño,
para que mi amor inquietas?
pero sabe bien lo hurtado,
bien lo dice la experiencia.

A muchos he visto amar,

*pero à pocos con firmeza,
que es gala en ti la mudanga,
porque es officio la afrenta.*

*Quiere, y dexame querero,
que es agraviar tu belleza
tener embidia à mi gusto,
y amar à quien te desprecia.*

*Asi Menga se queixava,
llorando contra Teresa,
que despues que sabe amar
se ha olvidado de ser cuerda.*

Admirado quedò Segismundo (q̄ assi se llamava este monstruo de la fortuna) de oir voz tan suave en aquella selva, por ser tan aspera q̄ pocas vezes, ò ninguna se solia pisar de persona humana, y poniéndose en pie, la llamó, y dixo, que no se espantasse del, porque era hōbre como los demàs, aunque el trage lo disimulava; pero apenas viò la temerosa pastoreilla delãte de si su disforme presencia, quãdo teniendo por cierta su muerte empeçò à ir huyendo del fingido Satiro, hasta que su mismo cansancio la detuvo, y se rindiò à los pies de Segismundo, tan falta de aliento, que ya le pesava de aver sido causa de su miedo, y sobresalto. Y reparãdo en su divina hermosura, se bolviò al Cielo, como dãdole gracias de aver cifrado en vna villana la mayor perfecciõ q̄ avia visto en su vida. No procedia su admiracion por

olvidarfe entonces de su querida Policena, antes la razon principal que le obligava a semejante encarecimiento, era por parecersele tanto, que podia poner duda en quien las huviese tratado à entrambas; y cogiendola en los brazos, la llevò à su pobre cueba, donde despues de aver traïdo agua de vn despeñado arroyo en vna concha de tortuga, para restituirla el sentido, la regalò con vn panal de miel, y algunos conservados nisperos, y dixo; que se foflegasse, y creyesse, que su condicion era mas blanda que prometia su aspecto; y assi podia estar con seguridad: fuera de que su hermosa cara causava en su pecho vn amor tan justo, y honesto, que quando èl fuera menos hombre en la piedad, con ella lo seria, porque desde que la viò la auia tocado al Alma vna secreta voluntad, que le inclinava, no solo à su respeto, sino à poner por ella muchas vezes la vida; y assi la rogava por el amor grande que en tan poco tiempo la auia cobrado, no se fuesse de su compania, porque le ayudasse à sufrir el rigor de aquella soledad; y por que, segun lo que la amava, sentiria con estremo su ausencia. Por cierto, respondiò Ismenia (que este era el nombre de la Pastora) tu me pides vna cosa, que fuera de ser justa, y deberlo à la piedad, y amparo que me prometia, ferà para mi de gran gusto, porque yo vengo huyendo de vn hombre que me querian dar mis padres por esposo.

poso, y q̄ en todo dicen que me iguala; pero si te confieso verdad, aunque naciere penas, y de gente humilde, tengo pensamientos, y bríos tan nobles, que me parece, que no es mejor que yo el Rey de Armenia. Y esta mañana me levante con animo de vencer mi inclinacion, y amarle, por obedecer à quien me lo persuadia: mas viendo q̄ no podia quererle, ni acabarlo con mi altiva volūtat, me salí al campo, y empecé à escondirme en este monte, queriendo mas ser despojo de la primera fiera que me encontrasse, que recibir por marido vn hombre à quien auia de mirar cō enfado, cosa que muchas mugeres hazen, aunque con poco gusto, pensando que con el trato amarán à su esposo: pero yo no me quise aventurar à lo q̄ tenia tanta duda, ezeleosa de peor fortuna, y por el peligro tambiē que tiene la que en esta confiança atropella su libertad, y se casa con quien aborrece. Mas porque yo (dexando aparte el agradecimiento à la voluntad, y gusto con que me has recibido) te miro con amor, y respeto, y aunque en las señales exteriores pareces hijo de estos peñascos, el alma, el valor, y entendimiento estàn desmintiendo à los ojos: dime por vida tuya quien eres, y la causa porque vives en esta soledad, que pues hemos de habitarla jutos, yo te he dado parte de mis successos, razon serà que me pagues en otro tanto? Vna cosa me pides, (dixo Segismundo) que ha de costarme mucho

es dolor: porque refrescar memorias que son de dichas, no puede hazerse sin lagrimas, ó bien es verdad que al Cielo, al cápo, y à este arroyuelo las suelo repetir muchas vezes: y assi, porque me còsueles en ellas, y por satisfacer el favor q̄ me hazes en que darte conmigo (como tenemos concertado) te contarè mi nacimiento, mi calidad, y mi adversa fortuna.

Yo soy hijo natural de Policarpo, Rey de Albania, el qual teniendo amor à la Duquesa Clorri, muger tan principal, que lo pensò ser suya, y en esta confiança llegó con èl à los braços, y fue mi riguroso padre, amandola con tanto estremo, q̄ no le faltava sino dar voces por las calles, àunque despues por algunas razones de estado, le obligaron à casar con Rosimunda, la qual se hizo preñada en ocasion que tambien Clorri, q̄ era mi madre, lo estava de mi (pluguiera à Dios no saliera vivo, porque nacer para desventuras, no es nacer, sino empear à morir.) En efecto, tuvo Policarpo en vn dia dos hijos, vno de su esposa, y otro de su dama, y aunque hermanos, con diferente ventura, y nobleza, porque Flaminio tuvo mejor madre. Pero quien pensara, que amando Policarpo tanto à la mia me aborreciesse à mi? Y no solamente èl, sino mi propia madre, como si no la huviesse costado trabajo, y dolores, ni vido nueve meses en sus entrañas. Debiò de ser sin duda influencia de mi estrella, porque llegó

à estado, que para alcançar alguna cosa de mi padre, me amparava de la Reyna, que con tener obligacion de aborrecerme, se lastimava, y me favorecia. Llegamos Flaminio, y yo al estado de la juventud, yo mas querido del vulgo, por menos dichoso, y el mas amado de mi padre, por heredero de aquel Reyno. Hasta aqui no puedo dezir que soy muy desdichado, porque aquello es solamente que vive mal quisto, y nace sin entendimiento, y por esta parte bien pienso que Flaminio era el menos dichoso; pero mi mayor tormento fue criarse con nosotros Policena, vna hermosa dama, hija del Marques de Sajar, hombre emparentado con el Rey, y el mas poderoso, sin cuyo consejo no hazia Policarpa cosa alguna. De su belleza, y gracias tratara de espacio, sino pareciera passion, lo que sabe el Cielo, y yo que es verdad: y tambien porque hablo con muger, y ninguna lleva cõ gusto alabanzas ajenas en su presencia. Finalmẽte era la mas bella que se hallava en toda aquella tierra, y desde nuestros tiernos años empeçamos à solicitarla, aunque yo con menos esperanças que Flaminio, por no tener aquellos brios de Principe: pero como el amor se precia de niño, y de aver nacido sin ojos, como niño yerra, y como ciego suele tropear donde no imagina. Mal hago en dezirte que naci con poca dicha, pues mereci que Policena pusiesse los ojos en mi, y esto tan

deklaradamente, que no hize cosa en servicio suyo que no estimasse, y agradeciesse: y al re-
 bés, no intentò cosa mi hermano que no la eno-
 jasse. En las sortijas, y fiestas publicas, sus
 ojos me favorecian, y animavan, para que acer-
 tasse en todo, no sin embidia de muchos Prin-
 cipes que la adoravan, y particularmente de
 Flaminio. Verdades, que en el agrado, en la
 modestia, y en la cordura, le aventajava: pero
 pocas mugeres huviera que miraran en estos ac-
 cidentes: porque las partes del alma no tienen
 valor en vn hombre abatido. Pero Policena, ò
 por menos ambiciosa, ò por mas desdichada,
 se inclinò à mi: y esto con tanta fuerza, que an-
 dando el tiempo me diò licencia para merecer
 sus brazos, y subiendo por vna escala à su quar-
 to gozava sus altas prendas. Tenia Flaminio tra-
 tado con el padre de Policena ser su esposo, por-
 que cada dia se iba empeñando en aquella necia
 voluntad. Davale mas ocasion para solicitar es-
 te deseo, ver que yo era su mayor contraria, y
 ofendiafe de que à mi me antepusiesse Police-
 na, siendo el heredero de Albania, y yo hijo na-
 tural, y no legitimo. Y como via que ir tereffava
 tanto en ello, que vendria à mirar à su hija con
 la corona, hablava con mal semblante, y reñia à
 Policena, aconsejandola favoreciesse à Flami-
 nio, porque le podia resultar mas bien de el que
 presunja: pero ella ni queria, ni podia, y mas quã
 do

do para confirmar su amor se sintió preñada; cosa que à mi me puso en mas obligacion, y à ella en mayor peligro; porque como es enfermedad que se encubre dificultosamente, y su padre no estava de parecer que fuesse mia; ella, y yo temiamos lo que podia resultar: y assi cada dia esperaba la muerte; mas sus diligencias fueron tantas, para disimular aquella desdicha, que estava en el ultimo mes, y ninguna de quantas asistían à su servicio lo sospechava; porque era cõ tanto exceso lo que se martirizava en vestirse, que muchas vezes me parecia milagro que no rebentasse, y saliesse mas publico el encubierto fruto de nuestros amores. El cuidado, y el ansia con que me tenia este suceso era como de hombre que la amava, y la veia entre sus enemigos: porque de ninguna se atrevia à fiar para embiar-me si quiera el Angel que naciesse, porque à todas, ò las mas tenia de su parte Flaminio. Con estos miedos estavamos ella, y yo cada instante, hasta que vna noche despertò cõ tan agudos dolores, que conociò que era parto, y vistiendose de presto, baxò llena de congojas, hasta la puerta falsa de vn jardin; cuya llave tenia para esta ocasion, saliendo por ella con animo de irse en casa de vn privado, y amigo mio, que sabia mis cosas. Pero apenas diò buelta à dos calles, quando se sintió tan muerta, que no pudo dar mas passo; y entrandose en el portal de la primera ca-

sa, parió vna hermosa niña: y viendo passar dos
 hombres reboçados los llamó, y se la dió, diziē-
 do, que por ser muger, y sola, la hizieffen favor
 de llevar aquella prenda à Segismundo, hijo del
 Rey de Albania, que podría ser les diese mejo-
 res albricias que imaginavan. Y auiendo alcan-
 çado de los que no la siguieffen, se bolvió à Pa-
 lacio, y dentro de dos horas se hallò en su pro-
 pia cama, donde quexandose de vn repentino
 achaque, fue curada como persona à quien mi-
 ravan todos con esperança de ser Reyna. Mas
 fuè tan desgraciada mi voluntad, y el triste ho-
 nor de Policena, que vno de los hombres à quien
 llamó para que me entregassen la inocente cria-
 tura, era Flaminio mi hermano, y mi enemigo;
 el qual discurriendo sobre quien podría ser la
 madre de la recién nacida, y viendo que Police-
 na desde aquella noche estava enferma, se puso
 à pensar, si sería ella, porque del grande amor
 que me tenía, podía creerse qualquier fineza; y
 confirmó tambien esta malicia, la cara de la ni-
 ña, que como su traslado, no pudo negar el ori-
 ginal verdadero: y para vengar sus zelos, y hazer
 castigar mi offadia, se resolvió à contar lo que
 passava à mi padre, y al de mi esposa, que así la
 he de llamar toda mi vida: y primero mandò à
 vn criado que hiziesse pedaços la criatura, y me
 la llevasse de su parte, para cumplir lo que la no-
 che antes auia prometido: y estando vna maña-

na vistiendome, entrò cierto Cavallero privado de Flaminio, y cõ èl vn paje, q̄ traia en vna fuerte el pequeño cuerpo de la niña con tantas puñaladas, que apenas podian conocerse distintamente las facciones de su sangriento rostro. Ya puedes considerar, Ismenia, como recibiria este recado, porque luego me elò el coraçon la infame temeridad de Flaminio, y luego penetrè mi desdicha, y bañando con lagrimas de padre los rotos miembros, y la tierna sangre, que aun sospecho que estava caliente, disimulè quanto me fuè posible, y fuy à verme con èl, y à preguntarle, que à que proposito me embiava presente tan extraordinario, que podia dar temor, y lastima al pecho que se preciara de mas cruel en el mundo. Y entonces el traidor hermano, como si me huviesse hecho alguna lisonja, me contò el lastimoso caso, y me advirtió de lo que pensava hazer para destruirme, y perseguir à la affligida Policena. No es posible (replique yo) que tenga sangre mia, quien se precia de tan baxas costumbres, pero bien sabes, que la causa por que te atreves à ofenderme en la vida, y el alma, es por verme tan poco valido, que à ser de otra manera, yo te hiziera tener mas respeto à mis cosas, mas si acaso te enojava mi amor, y estavas zeloso, porq̄ no me quitavas à mi la vida, pues fuera hecho de hõbre, y no tomar la vègança de quien no tuvo manos, ni lengua para defenderse. Pero en este

efeto eres tan vil, y de tan cobarde coraçon, que con estar yo tan desechado, y aborrecido, me tienes miedo, y de aqui adelante con mas justa razon, por que te he de matar quando menos lo imagines, aunque tengo creido, que el Cielo me quitarà deste cuidado, y bolverà por la sangre de aquel Serafin: por que semejantes maldades no las suele guardar para la otra vida. No tuvo que responder Flaminio à tan justa queixa, sino con algunas afrentas de mi padre, diziendo, que por lo menos en la suya no podia hallar ninguna infamia. Y como las injurias que se dizen à los padres, aunque sean verdaderas, ofenden tanto el alma de los hijos, yo que estava rebertando, y que qualquiera ocasion bastava para hazerme salir de juicio, alcè la mano, y dandole vn bofeton, saquè la espada; y antes que tuviesse lugar de dar voces, ni de revolverse, le dexè herido, y embuelto en su sangre. Alborodòse con esto el Palacio, y llegandolas nuevas à los oidos del Rey mi padre, mandò, no solamente que me prendiessen, sino que me hiziessen pedaços: mas yo escapandome de mil espadas que me seguian, tome vn cavallo, y me entrè por lo espello de vn monte, hasta que me perdieron de vista mis enemigos, y despues de caminar dos dias, me hallè en esta soledad, donde para defenderme del rigor de la noche, me amparè de vna profunda cueba, y vencido de el sueño, dormì hasta la siguiente.

guiente luz, y apenas el hermoso Cintio alumbra-
brava con su resplandor a esta selva, quando ocu-
perte, y vi junto à mis pies vn fiero Leon, que o
por imaginarme muerto, como me viò dormi-
do, ò por cumplir con su generoso animo, me co-
cedia la vida mientras estava suspendiendo mi
muerte, y no solamente no ofendió mi persona,
sino que con halagos, y caricias me dió à enten-
der que queria tenerme por amigo; si bien es ver-
dad, que era peligrosa conversacion: pues en fin,
en qualquier tiempo estava mi muerte en sus
manos: y entonces dixè entre mi, que sin duda
importava mi vida para algun grave caso pues el
Cielo bolvia por mi en tales ocasiones; y vièdo, q
hallava en vn Leon lo q me faltava en vn padre,
y hermano hize amistad con èl, y me cobró tan-
ta voluntad, que los mas dias fuele traerme con
la boca la caça que mata, para que me sustente,
teniendome mas por compañero que por ene-
migo. Hallème dentro de vn año tan dueño de
este monte, destes riscos, y destas fieras, que to-
do me obedecia como al primer hombre; y por
esta razon no quise salir de aqui, y tambien por-
que en qualquiera parte auia de topar con mi
muerte, porque las afrentas hechas à poderosos,
es milagro que vivan sin vengança. Aqui ten-
go en lugar de Palacio vn seguro, aunque pobre
alvergue, y en lugar de soldados, y lâças, dos Leo-
nes que me guarden, y me defendan. Estas col-
me-

menas me ofrecen miel, esos arroyos, cristales:
 esos montes sombra con su presencia, y aque-
 llos arboles frutas silvestres. Los osos, y javal-
 lies que despedaço me dãn vestido: aquel mar
 me regala con pescados, y esse bosque con lie-
 bres, y conejos. Esta es mi vida, y mi historia, y
 assi si te resuelves à quedarte conmigo. prome-
 to regalarte, como si fueras mi esposa Policena,
 ò mi querida hija, cuyo rostro aun no conocí,
 aunque le tuve en las manos. De juncia, espada-
 ñas, y tomillos, tendràs vna cama limpia, y olo-
 rosa, el Invierno nos abrigarèmos cõ las entrañas
 desta abierta peña: y el Verano gozaràs del salu-
 dable Zefiro à la sombra de aquellos auellanos.
 Mi condicion es apacible, mi pecho piadoso, y
 mi nobleza la q̄ re he referido; y desde aqui ha-
 go juramento à Iupiter de no ofender tu recato
 aun con el pensamiento. Gostarèmos la maña-
 na en alabar al Cielo, viendo el primor con que
 formò la mas humilde florecilla, retratandose
 en todas las criaturas: visitarèmos à la tarde a-
 questa alameda, de donde llevarèmos ramos pa-
 ra el fuego, y teas para alumbrarnos; y lo que so-
 brare del sueño, passarèmos en cõtar nuestras ya
 passadas desdichas: y yo por lo menos enganarè
 desta suerte mi amor, pensando que tengo pre-
 sente à Policena porque es tan semejãte tu ros-
 tro al suyo, que parece que te pintò el Cielo, te-
 niendo delante el divino original de su cara.

Aqui

Aqui se quedò Segismundo, porque la memoria de su ausente esposa, pidió à sus ojos lagrimas, y llegando se à ella menia le consolò prometiéndole no apartarse de su lado, porque fuera de merecerlo, vna inclinacion natural la movia à estimarle, y à ferle tan obediente, como si la huviera engendrado; y assi para divertirse alguna parte del dolor, sacando del çurron vn instrumento, cantò desta suerte.

*Codiciosa de vn arroyo
pisa Narcisa el prado,
tan hermoso como ella,
que ella sola es su retrato.*

*Cristal en las peñas busca
à ruegos de su cansancio,
quien viò pedir à las peñas,
lo que pudiera à sus manos?*

*Llegòse à vn breue arroyuelo,
sambrioso, y alentado,
que para armarse de flores,
no huuo menester al Mayo.*

*Y quando yo prevenia
liquida plasa al cuidado,
corriente vidrio al deseo,
y humil le lisonja al labio.*

*Viò que la tranieffa niene;
buelta en cristal condensado,
era marfil oprimido.*

y perezoso alabastro.

En fin al curso veloz,
el yelo detuvo el passo,
y se quedó el arroyuelo
hecho a zuzena del campo.

Sino es que el tierno cristal,
de Narcisa enamorado,
grillos pidiese à Dixiembres,
para verla mas de espacio.

Bien quisiera dividirse
de los transparentes lazos,
para gozar mas la ciba
la purpura de sus labios.

Mas viendo que le esperava
todo el jazmin de sus manos,
por no mirarse vencido,
no se consintió en pedaços.

Y tambien porque Narcisa
no se viesse en su alabastro,
que se preciaua de hermosa,
y era el nombre ocasionado.

Cortés entences el Sol,
dió comission à sus rayos,
para que el muro de yelo,
fuesse al jofar desatado.

Penetróle su luz para
y el arroyuelo enojado,
se dexó gozar huuyendo,
y se despidió llorando.

De grande consuelo le sirvió, a Segismundo la compañía de Ismenia, porque divertido en su hermosura, y entendimiento, passava las horas, y los dias con menos ansias, amandose tan cortes, y honestamente, que jamás dieron licencia à vna imaginacion liviana, viviendo entrambos seguros, y contentos; y mas Ismenia, porque no amava, ni tenia cuidado, que la quitasse el sueño, pero no le durò mucho esta vanagloria, porque estando vna tarde mirando su hermosura en el cristal de vn arroyo, quando ya el Sol se iba muriendo en los desmayos vltimos de su luz, viò vn gallardo mancebo, que cansado de perseguir alguna fiera, se arrojò del cavallo, y puesta la mano en la mexilla, se quedò dormido sobre las flores à la dulce musica que el agua hazia, tocando en vnas pizarras azules. Despues de auerle mirado con atencion, porque la cara era de Angel, el vestido de Rey, y el talle de valiente soldado, quiso irse, y no pudo, que el amor castiga libres coraçones, y suele abraçar de repente, como el rayo. En efeco, Ismenia se hallò con grillos en los pies para irse, y con mucha voluntad en el alma para quedarse: y dexandose vencer de su amor, se llegó à èl con passos mudos, y le sacò la espada de la cinta, y luego le despertò, diciendo, que la tomasse, y conociesse que la debia la vida, pues se la pudo quitar tan facilmente. Recordò Tancredo (que este era su nombre) y admiraco

de la singular belleza de Ismenia, la dixo, que no la podia agradecer la piedad de no darle la muerte, porque si le esperavan sus ojos, era lo mismo, y antes auia sido rigor, que misericordia, pues dormido no sintiera los azeros, y despierto era forçoso mirar sus rayos: pero por mucho que le suspendio su hermosura, mas novedad le causò su trage: y assi le pidió con ruegos, y promessas, le dixesse la causa de estar en aquel monte, teniendo partes para ser Princesa de vn Reyno, sino es que era otra Diana caçadora, que desdenosa de vivir entre los hombres, queria gastar sus años en la soledad. Respondiòle Ismenia, que la verdad era que vivia en compañía de su padre, hombre de illustre sangre, y muchas prendas, aunque por accidentes de fortuna auia venido à vn humilde estado. Como si muchos años se huvieran tratado, quedaron Ismenia, y Tancredo tan amantes, y satisfechos el vno del otro, que ni Ismenia accettava à subir al monte para recogerse con Segismundo, ni Tancredo podia baxar al valle à buscar à sus criados, de quien la caça de aquella tarde se auia perdido: y assi viendo la discreta Serrana, que la noche iba amenazando, y que estava algo lexos de su cabaña, le dixo en breues razones de esta suerte.

Pluguiera à Dios, señor mio, que como vuestra gallarda persona me parece, tuviera yo partes

para mereceros: pero si es verdad que el amor se engendra de vna conformacion de sangre, bien puede ser q̄ lo que he visto en vuestra suspension, en vuestros ojos, y en vuestras palabras, sea voluntad, y por no quedar yo en opinion de villana con vos: y por q̄ se que me lo ha de estimar mi pensamiento, baxarè à este mismo sitio algunas vezes, donde podreis verme: pero con advertencia, que no auéis de agraviarme, porque fuera de no ser justo, os puede estar muy mal, pues à vna voz mia, baxarà mi padre, y en su defensa vn Leon, que os harà pedaços. Bien se echa de ver (respondió Tancredo) que no me conocéis, pues me advertís de lo que auia de hazer, aunque vos no me lo dixerades, por vos, y por mi; por vos, porque os adoro; y quien ama, ni violenta, ni ofende: y por mi, porque soy noble, y no lo fuera, si tuviera animo de vsar tiranias con las mugeres. Yo vendrè quando ya la noche vista de Estrellas el Cielo, tan humilde, como enamorado, y me quedarè adorando estas flores, porque las pisastes, y este cristal, porque te ha seruido de espejo. Despidieronse con esto entrambos, y fue creciendo el amor de Ismenia cada dia, de suerte, que se lo echara de ver Segismundo, si huviera en aquella selva mas hombres con quiè pudiese comunicar: pero no la quedava à deber nada Tancredo, porque à todas horas la tenia en los ojos, y las noches, se quedava en el monte aguardando

la, aunque ella no podia baxar siempre que quifera, porque Segismundo la riñò el venir tan tarde, pensando, no que era la causa su amor, sino el desassosiego de la caça: y vna vez q̄ se descuidò Segismundo con ella, estando aguardando adonde solia à su querido Tancredo, bolviò los ojos, y en vn tafetan carmesi hallò vn hermoso retrato de vna dama, cõ vna carta q̄ le servia de cortina, q̄ à la cuèta la noche antes se la auia dexado por descuido Tancredo entre vnos jazmines: y viendo Ismenia, que el sobre escrito era para èl, con curiosidad de muger hermosa, leyò turbada, y viò que dezia assi.

Señor, yo lleguè à Albania, donde estoy de secreto, y vi à la Infanta, cuya belleza embio copiada en este pequeño liço, si bien es tanta, que puede estar sentida de los colores. V. Alteza me auise con brevedad de lo que le parece, para que disponga de mi viage, y del concierto destas felicissimas bodas, cõ que cessaràn las guerras, que por tantos años se han continuado en estos Reynos.

No quiso passar adelante Ismenia, ni pudo, por q̄ los zelos son colericos, y para matarla, bastava menos desengaño: llorò su corta ventura, y sintiò perder à Tancredo, pues por tantos inconvenientes no era possible ser suyo. Lo primero, por ser hijo de Rey, y auer tanta diferencia de vna parte à otra, Y lo segundo, por esperar Tan-

credo à la Infanta de Albania para esposa, ser su hermosura tan grande como aquella carta encarecia; pero sintiendo passos disimulò sus ansias, y viò junto à si su enemigo, que venia cantando este Soneto:

*Con dos Estrellas de color zelosa,
y vn alma de zafir en cada Estrella,
salio de su cabaña Ismenia bella,
el natural jazmin bañado en rosa.*

*Consintiose mirar su luz hermosa,
y quando quise regatarme en ella,
de azules rayos la primer centella
me castigò qual ciega mariposa.*

*Las alas me quemò para que entienda,
que me he de llegar con mas temor al fuego,
que me puede abrasar la mejor prenda.*

*Mas yo la respondi, turbado, y ciego:
como tan bello Sol mi pecho encienda,
mas que empiece à matarme desde luego.*

Quãdo los agravios se ven por los ojos, el mayor dolor de quien passa por ellos, es verse lisongear del ofensor: y como Ismenia sabia, que los amores de Tancredo eran tan poco seguros, sintiò aun con mas fuerça el verse engañada, q̄ mal correspondida; porque el desamor de vn hombre puede ser natural, y no suele estar en su mano: pero el fingimiento no, porque nace de pechos maliciosos. Y para q̄ en ningun tiempo pudiesse quedar Tancredo con la gloria de averla dexado,

do, aunque fuesse por la Infanta de Albania, quiso adelantarse Ismenia, y le dixo:

Aunque me ves, Tancredo, en este mōte, vestida tan rústicamente, que son mis mayores galas la piel de vn Tigre manchada à trechos, biẽ avràs visto, que el alma tiene mas valor del que promete, no mi cara, sino mi traje. Tu dizes, que me amas con tanto estremo, que con ser de la mejor sangre de Armenia, pondràs à riesgo tu calidad y vida, por ser mi esposo: y esta fineza, no puede quedar sin agradecimiento, ni en ley de cortesía, ni de voluntad: y assi te la pago con quererte mas de lo que era menester: pero como quien ama no sabe mentir, porque engañar à vna persona, es ofensa, y no amor, despues que te tengo alguno, me ha pesado de auerte callado cierto secreto, por cuya ocasion es imposible q̄ nos gozemos. Y no te admire que aora te desengañe, pudiendo averlo hecho antes; porque à la primera vista todas las mugeres encubren su cuidado, aunque le tengan, por no dezir su flaqueza à quien no conocen: que no ha de andar vna muger publicando à todos que tiene amor, por q̄ fuera estimarse en poco; pero quando se siere obligadas, toda nuestra ansia es tratar verdad à vn hombre, desengañandole, y diziendo el riesgo que tiene para que le huya, ò le escuse. Todo esto viene à parar en dezirte, que soy agena: por que el que te dixere que era mi padre, no lo es, si-

no vn hombre, à quien desdichas han desterrado de Albania, y yo he dado palabra de ser su esposa: si bié es verdad, que hasta oy no tiene mas prendas mias, que auerme tomado vna mano, y no sè si llevadola à la boca, y así procura, ò quererme menos, ò resistirme mas, porque yo soy noble, y he de ser fuya, pues lo dixè vna vez: fuera de que le debo finezas, que no pueden pagarse menos que con mi propia persona. Y es cà principal, gallardo, y entendido, que à no parecer passion, dixera que te auentajava. Apenas la zelosa Ismenia acabò estas razones, quando sin escuchar respuesta, ni satisfacion, se metiò por lo aspero del monte, y como Tancredo no le sabia, à pocos passos se hallò sin ella, haziendo tales estremos, que bastaran à enternecer vna peña, si tuviera alma para escucharle. Pero todo fuè en vano, porque Ismenia no quiso ponerse à peligro de ablandarse, oyendole; porque la condicion de las mugeres es tan piadosa, que para llorar ellas, no hã menester mas ocasion que ver llorar à otros, aunque no por esso escusò el justo sentimiento, pues encerrandose en el mas apartado rincón de la cueba, llorò lagrimas de amor y sacãdo la carta q̄ le escribian à su dueño, besava el sobrescrito, como retrato de quien estava esculpido en lo mejor de su pecho. Desta manera passarõ los dos amãtes algunos dias sin verse, no por descuido de Tancredo, sino por entere-

za de Ismenia: la qual estãdo vna tarde en la falda del monte, se detuvo à ver vn arbol, en cuyo pardo papel estava escrito su nõbre, y el de Tãcredo. Què importa que Tãcredo se llame mio en los arboles, si en Albania le puede desmentir la Infanta Florinda? Què importa que me diga amõres, y ternuras en esta selva, si en su Palacio espera otra hermosura à quien adora? Y què importa, finalmente, q̃ en esta soledad le halle el Alva, si aguarda la de otros ojos tan brevemente? Mas dixera, sino la atajara vna voz, que al dulce son de vna viguela se oia entre los alamos, y aũque le pareciõ que era de su ingrato amante, con todo esto escuchò que dezia asì:

*El alma, y voluntad tras si me lleva,
de la diuina Ismenia la hermosura,
Pastora con belleza, y sin ventura,
que de su corta dicha es fuerte prueba.*

*No quiere mi respeto que me atreua
à su honesta, à su graue compostura,
que quando la esperança se aventura,
no es el morir callando, cosa nueva.*

*Pero si à su hermosura se debia
qualquiera libertad, ya restitu yo
vra que tuue mientras no la via.*

*Ni pretendo el fauor, ni el amor huyo,
que aunque ella se desdene de ser mia,
yo me contento con llamarme suyo.*

Luego conoció Lismenia en las razones, y en la voz, que era Tancredo, y procurò esconderse entre las ramas, por si podia huir de verle, y hablarle, no por que la pesara, sino por no despertar el fuego de su amor, que con la ausencia parece que se iba durmiendo: mas sintiendo Tancredo ruido en las hojas, buscò la causa, y la dixo que no huyesse tanto de vn hombre que no tenia culpa en perderla, sino es q̄ del vestido aprendiesse costumbres de fiera: y que supuesto que no podia ser suya, solamente queria que supiesse de vn papel su sentimiento, para que por lo menos entendiera lo mucho que le debia: y despidiendose de su hermosura, le dexò en las manos estos versos que leyò, imprimiendolos en el alma.

*Diuina Sirena,
hermosa homicida,
causa de mi pena,
dueño de mi vida.*

*Quando aquesta escriuò
si es que acaso acierta
quien estando viuo
tiene el alma muerta.*

*Mi dolor es tanto,
que aun apenas puedo
ni me dexa el llanto,
dezir como quedo.*

Y es fuerça perderte

por mi corta dicha,
y verme sin verte:
què mayor desdicha!

Pero yo confio
morir, y adorarte,
porque es desvario
vivir sin gozarte.

Tu veràs que pierdo
el juicio, y es justo,
pues no ay hombre cuerdo
viviendo sin gusto.

No crei mi daño,
y en tan grave calma
llega el desengaño
quando estoy sin alma!

Otro dueño esperas,
que en dicha me excedes,
y amando de veras,
quien sufrirlo puede?

T aunque a queftos daños
el alma reciba,
gozesle mil años,
como yo no viva.

Mira qual me ves
en tan triste pena,
loco de vn deseo,
quando ères agena.

Quierele en buen hora,
pues no fuera justo.

que quien mas te adora,
te quitasse el gusto.

De ti me despidos,
aunque en ti me quedos;
que aquesto han podido,
mi amor, y tu miedo.

Y plegue à los Cielos,
pues mi amor se sabe,
que me des mas zelos,
porque antes acabe.

Muera mal pagado,
con dolor profundo,
porque vn desdichado
no haze falta al mundo.

Mis ansias no tengan
ventura cumplida,
y nuevas te vengas,
que perdi la vida.

Pues las horas breues,
que por mi lloraras,
de quien tanto debes,
quizà te olvidarás.

Y pues has querido,
no ay de que admirarte,
que vn amor perdido
las entrañas parte.

Ruegale tu al Cielos,
de mi amor mquida,
que por mi consuelo

me quitela vida.

Y pues me despido,
ya por lo postrero,
que te acuerdes pido,
mi bien que te quiero.

Y que si viniera
mil años, te amara,
aunque no te viera,
y otro te gozara.

Y a Dios, que rebientos
porque estos enojos
con mas sentimiento
mires en mis ojos.

Enternecida acabò Ismenia del cer, y muchas
vezes passara por el papel los ojos, sino se lo es-
torvara Segismundo, q̄ venia à buscarla; y con-
tento de auerla hallado, la rogò cantasse alguna
cosa de las que sabia, para divertirle de sus con-
tinuos pensamientos; y mas por obedecerle, que
por estar para ello, cantò, disimulando su pena,
de esta suerte:

Para que se quexa vn hombre,
que dize que tiene amor,
si vna ocasion que le dieron
de cobarde la perdiò?

Tener el bien à los ojos,
sin gozar de la ocasion,
ò fue tibieza del gusto,
ò disculpa del temor,

Ay de mi! que por cortés
perdi gusto. y opinion,
que daña la cortesía,
si está de por medio amor.

No me mires mas Lisarda,
bien merezco tu rigor,
pues quise quedar sin luz,
y en mis brazos tene el Sol.

Mas podrán dezir mis ojos
que con tanto resplandor
fue la suspension discreta,
fue justa la turbacion.

Que no ay perfeto amor,
donde faltò el respeto, y el temor.

Amor fue, Lisarda hermosa,
que quien siempre te adorò,
pudo tenerte respeto,
pero no adorarte, no.

Estar cobarde quien ama,
es la fineza mayor,
pues no goza por humilde,
lo que galan deseò.

Guardè à tu honor el decoro,
que era poca estimacion
amarte tan confiado,
que me faltara el temor.

Si deste miedo te ofendes,
ya la vengança te doy,
pues tus ojos miro, y sè.

que esferas de fuego son.

Pero si ellos me matarén,
podrá dezir tu rigor,

que muero por estimarlos,
no por hazerlos traicion:

Pues no ay discreto amor
donde falta el respeto, y el temor:

En acabando de cantar Ismenia, dixo Segismundo, q̄ ya era hora de recogerse; y quando empezavan à subir la cùbre del monte, por vna calle q̄ formavan rosales, y alamos blancos; oyeron vn grã golpe, q̄ parecia de alguna cosa q̄ caia de alto: alborotòse Ismenia, y deteniéndose Segismundo, sacò el arco, por si era alguna fiera; pero aunque diò buelta à todo aquel distrito, en todo èl no pudo hallar la causa, hasta q̄ llegando al mar, viò junto à su orilla vna pequeña barca; cubierta toda, sin remos, ni marinero que la guiasse; y echando vna cuerda, con el ayuda de Ismenia la sacò à tierra, deseoso de saber el misterio que encerrava; pero apenas rōpiò los lienzos, y cubierta, quando se quedaron Ismenia, y èl confusos, y turbados, mirandose el vno al otro; por q̄ dentro no auia mas riqueza, q̄ vn hombre bañado en su sangre, y junto à èl vna hermosa dama viva; aunque tã desmayada, que le faltava poco para imitar al cadaver q̄ tenia à su lado. El dolor de entrambos fue grande, viendo tan lastimoso caso; y mas

penetrò el coraçon de Segismundo esta desdicha: porque encendiendo luz, y mirando con atencion la dama, le pareció que la cara, y talle, era de su ausente esposa, y sacando el difunto cuerpo, y dandole por sepulcro el mar, pues su vida ya no tenia remedio, la cogió à ella en los brazos, y llevó al breve Palacio de su cueba, y en esta la regalò de suerte, que dentro de pocos dias tuvo por cierta la esperança de su vida.

Notable fue la confusion de la dama, quando se viò con fuerças para abrir los ojos, y se hallò entre vn hombre, y vna muger, que a la primera vista davan miedo, aunque en el trato, en la conversacion, y en el hospedaje, erã mas piadosos con ella, que lo auia sido sus deudos, y su fierto padre; y viendo que Segismundo no quitaba los ojos della, y que oia su nõbre algunas vezes en la boca de Ismenia, le dixo. Dos cosas me tienen confusa, y de entrãbas me has de hazer gusto de desengañarme. La primera es dezirme, si es verdad que te llamas Segismundo: y la segunda, que es la razon, porque desde el punto, q me traxiste à esta cueba, à todas horas me miras suspirando, y muchas vezes cõ lagrimas: y porque sè, que has de preguntarme lo mismo, pues luego que oí tu nombre, parece que con èl me llevaste toda el alma: digo, que la razon que me obliga, es auer tenido amor à vn Cavallero de tu mismo nombre; el qual me cuesta tanto, que lo

lo de menos importancia, es aver visto tan perdidada la vida, q̄ es milagro del Cielo, y de tu clemencia, que aya quedado con ella; y si te digo, q̄ era hijo del Rey de Albania este Segismundo, q̄ llamo esposo mio, no pienso que me acusara la verdad de mentirosa. Pues si yo soy (respondió Segismundo, tan turbado de contento, que apenas acertava à pronunciar las palabras) el desdichado hijo de Policarpo, el hermano de Flaminio, y el dueño tuyo, si acaso eres Policena, y no te engañan mis ojos, no quieretes que te mire con estremos? No quieretes que se me quiebre el corazón, viendote padecer por mi causa tantas desdichas? Segismundo soy, Policena, aunque tã diferente, q̄ solo de lo que fui tengo el nombre, y el alma: Segismundo soy, y lo he de ser tuyo, hasta que me prive el Cielo de esta despreciada vida, aunque pues merezco tus ojos, y tus brazos, desde oy empezare à desearla, cosa que no pensè: porque en todo el discurso de años que ha que resido en estas peñas, no ha salido vaz el Sol, que no me hallasse pidiendo al Cielo me la quitasse; porque la vida de vn hombre que tiene que sentir, no es lisonja, sino martirio.

No pudieron dezirse los dos amantes con la lengua todo quanto quisieran, que es corto instrumento para vna gran passion: y assi con los ojos, y el alma encarecieron su amor, y dicha, pues se auian juntado por tan extraño camino.